

IDEAS Y CREENCIAS DE LOS ESTUDIANTES DE TRABAJO SOCIAL

FRANCISCO RODRIGUEZ RIOBOO

1. *Ideas y creencias.*

El orteguiano título que encabeza estas líneas obedece a una vieja —y pienso que legítima— afición, y es ésta la de aprovechar cualquier resquicio para recordar a Ortega.

Lo mejor, lo mejor al cuadrado de Ortega, es que no es necesario ser orteguiano para caer —dulce caída— en la irresistible tentación de llamarle para que apoye esta o aquella idea, sino justo para lo contrario, para legitimar nuestra discrepancia. ¿Es demasiado arriesgado pensar que Ortega aparece tantas, o tal vez más veces citado por quienes parten de supuestos muy diferentes a los suyos que por aquellos que siguieron los numerosos —e inciertos— caminos por él abiertos?

A Ortega se le puede negar el pan y la sal —y se le ha negado al menos durante bastante tiempo— en lo que toca a muchos de los que pudiéramos considerar núcleos centrales de su pensamiento o a las formas de llevarlos por el camino, camino que también hizo, pero lo que difícilmente se le puede negar como escasamente se le reconoce es poseer unas magníficas cualidades para el ejercicio del pensar: fértil imaginación, insaciable curiosidad, jugosa prosa, y encima, gracia. Con esos galgos se levantan buenas piezas en la mancha del pensamiento. Las mejores. Y eso es precisamente lo que hizo Ortega. Si llegó a cobrarlas, es otra cuestión. Al fin fin, que decían los antiguos, “ese señor bajito con cara de torero” “que casi decía cosas que casi tenían sentido” empezó y terminó diciendo cosas llenas de sentido para el pensamiento hispano.

La distinción entre ideas y creencias es una de ellas. Más que en la propia distinción, la diferenciación entre supuestos básicos y formas intelectivas más epidérmicas es casi patente, el hallazgo residiría en la clarificación

de los límites que separan ambas diferenciaciones, así como en el distinto rango funcional atribuido a cada una. Pero el mayor acierto —y la mayor dificultad— radica en el intento de relacionar ambas supuestas estructuras, las que forman, respectivamente, las ideas y las creencias.

Julián Marías, en la dirección iniciada por Ortega, ahonda más en esta cuestión¹. Resumidamente, para Ortega existen dos estratos de ideas claramente diferenciadas por su función existencial, por el diferente papel que juegan en nuestra vida. Por una parte estarían las creencias, especie de ideas básicas implícitas, asentadas en las capas profundas de nuestro ser, rectoras fundamentalmente de nuestro comportamiento vital; por otro lado, tendríamos las ideas-ocurrencias o simplemente ideas que se distinguirían de las anteriores por su carácter explícito, por la conciencia que tenemos de su gestación, por sus asentamientos más externos y por su dinamismo y por su menor prioridad vital. Con palabras de Ortega “de las ideas —ocurrencias— y conste que incluyo en ellas las verdades más rigurosas de la ciencia, podemos decir que las producimos, las sostenemos, las discutimos, las propagamos, combatimos en su pro y hasta somos capaces de morir por ellas. Lo que no podemos es vivir ‘de ellas’. Son obra nuestra y por lo mismo, suponen ya nuestra vida, la cual se asienta en ideas-creencias que no producimos nosotros, que, en general, ni siquiera nos formulamos y que, claro está, no discutimos ni propagamos, ni sostenemos. Con las creencias propiamente no hacemos nada, sino que simplemente estamos en ellas”².

Son las creencias las que fundamentan el entramado profundo de la vida social y tanto el historiador como el sociólogo, el antropólogo, tienen que dirigir inexcusablemente a ellas su mirada. Debe quedar claro que si Ortega también llama “ideas” a las creencias es por la posibilidad que tienen estas de ser “identificadas”, ya que éstas fundamentalmente son de naturaleza asaz distinta a la de las ideas.

Pero no es fácil, porque precisamente su carácter subterráneo, mudo, presupone que más bien notamos su ausencia que su presencia: “Se denuncia más bien su variación y movimiento: cuando las creencias cambian, se acusa su desaparición; lo que solemos ver de ellas es su hueco, el

1. CF. MARIAS, J. “Creencias, ideas, opiniones” en *Estructura Social*, O.C., T. VI, R.O. Madrid, 1870.

2. ORTEGA, J. *Ideas y Creencias*, O.C., T. V., Alianza, Madrid 1983 pág. 384.

vacio que han dejado en la sociedad, son como un barco invisible del cual sólo se percibe la estela”³. Precisamente por ese carácter cambiante, es la Historia el modo de acceder a ellas.

Los cambios en las creencias, la sustitución de unas creencias por otras, coincidirían con los grandes cambios históricos. Estas ideas en las que se está, con las que se cuenta sin más, y que no suelen ser objeto de reflexión explícita, soportan en gran parte la trama social.

Lo importante de las creencias no es esta ni aquella otra creencia aislada, sino el sistema que forman todas ellas; precisamente por formar sistema, la sustitución de una de ellas por otra creencia nueva produce una nueva estructura del sistema, en mayor o menor grado, distinto de anterior. Si la nueva o nuevas creencias no forman trama homogénea con las anteriores, nos encontraremos con una suerte de incompatibilidad vital permanente, que se traducirá en conductas contradictorias. Ciertamente, esto mismo puede suceder con el sistema de ideas, por su carácter explícito, susceptible de ser expuestas a discusión, de ser sustituidas o alteradas con menos dificultad aminorará el problema.

Los desfases entre el sistema de creencias y el de ideas nos dará un fenómeno histórico peculiar que el hombre de este último tercio vive en su propia carne: la insinceridad o por decirlo más literalmente una versión colectiva del Doctor Jekyll y Mister Hyde.

Pues, las creencias, esos supuestos básicos que habitan en los hondones del alma, parecen ser elementos decisivos a la hora de analizar actitudes y comportamientos de un individuo, y con más propiedad de un grupo o comunidad. Pero, tal vez debido a ese su carácter no formulado y subterráneo, no es fácil detectarlas y menos aún saber la legalidad a que están sometidas. En una palabra ¿cómo operativizar las creencias? y ante todo y como casi siempre, el inevitable problema de fronteras.

El mismo Ortega, en escueta nota a pie de página⁴, apunta con extrema concisión a un tercer estrato, más profundo aún que el de las creencias, de naturaleza metafísica, del que nada más nos dice. Platón, siempre Platón. Bien por debajo, con esas hipotéticas especies metafísicas, bien por arriba con las ideas ¿dónde las lindes de las creencias?

3. MARIAS, J. op. cit, pág. 267.

4. ORTEGA, J. op. cit, pág. 392.

Por otra parte, ese mundo, también recóndito o inexpresado, donde moran criterios axiológicos, imperativos morales, íntimas sensibilidades —a caballo entre lo ético y lo estético— que determinan nuestra forma de mirar las cosas y aún de mirarnos nosotros mismos ¿qué relación de vecindad —si no de puro maridaje— guardan con las creencias?

Como todos aquellos supuestos que habitan en los repliegues de la conciencia, las creencias son, posiblemente, tan importantes como difíciles de detectar, y, más aún, de perfilar sus contornos, suponiendo que esos contornos sean algo más que vagas negulosas. Servidumbres de lo telúrico.

En cualquier caso, dado su carácter por lo general no manifiesto, habrá que buscar mensajeros que nos hablen de ellas. Hábitos, costumbres, comportamientos y un cierto sector de ideas⁵ servirán para ello.

Cuáles de ellas y de qué modo se procedería a sonsacarlas es, obviamente, cuestión compleja y no sabría yo, si sistematizable. Afortunadamente, todavía hay procesos no estructurables o de sólo no se sabe cómo. Qué bien y qué suerte y qué esperanza. Pero engolfados en las creencias y en las dificultades que plantea su clandestinidad no debemos creer que las ideas, por su mayor visibilidad —y también vistosidad— son fáciles de manejar. Nada más lejos de lo contrario. Las ideas son cosas que sin ser reales, son realmente terribles. Y lo son con absoluto descaro: siendo como son, fantasía, son inevitablemente cedazo de lo real. El enemigo en casa, en toda la casa, y como único canal de información. La música la pone la pasión y ya tenemos un espléndido melodrama.

Toda nuestra vida transcurre entre ideas. Ideas para acá e ideas para allá. Las clasificamos, algo sabemos de la forma de trabarse que tienen, de cómo crecen y menguan y se desvanecen. Nos son demasiado, sospechosamente, familiares. No sería descabellado decir que nosotros mismos somos ideas o a lo menos somos por las ideas. Pero no sabemos qué son ni de dónde vienen. Bien mirado, ellas son los auténticos O.V.N.I.

5. Para Ortega queda claro que el papel esencial de las ideas es rellenar el hueco que dejan las creencias, pero ello no impide que aún subsistiendo con pleno vigor éstas, no hayan aún determinado sector de ideas que se desprendan de ellas a modo no de sustitución, sino de emanación. La filosofía como forma de reemplazo es la cuestión que Ortega trata en el prólogo a "Historia de la filosofía", de Emil Bhehir (O.C., T. VI, Alianza, Madrid, 1983).

Sus presuntas génesis, desde la perspectiva del psicólogo, del sociólogo, por atinadas que sean, dejan siempre un vacío que sólo desde planteamientos estrictamente metafísicos es posible llenar. Y es así, a la postre, porque nada más metafísico que una idea. No hay formas de enterrar a Platón.

Pero ya vinieron las ideas de ignotos y sugestivos mundos supralunares o de los más modestos y sublunares caletres individuales, y al margen, que mucho margen es éste, que de ella sólo conocemos de cierto su terribilidad, uno de los problemas que se nos presenta a la hora de operar con ideas es saber si forman sistema —en el sentido más fuerte del término—, y de hacerlo, cómo. Esto es, en qué medida podemos hablar de trama o tramas de ideas. Es presumible que las ideas estén sometidas a estados de incompatibilidad —no de carácter lógico, o al menos serían estos casos de consideración más superficial— y contagio, con los consiguientes casos de reestructuración y subdivisión del sistema.

Cuáles son las ideas fuertes, directrices, y el modo de ejercer su influencia, la relación de éstas con el oscuro plano de las creencias y sus interrelaciones, serían entre otras, cuestiones previas a cualquier intento de hacer análisis sobre ideas.

Han salido a colación estas consideraciones en la sospecha que algunas, demasiadas veces, al entrar en análisis ideológicos, en la acepción aséptica del término, se da por supuesto, con cierto desenfado, que en el mundo de las ideas podemos andar como Perico por su casa. Las ideas estarían ahí, como las confiadas palomas madrileñas, perfectamente identificables, prendibles y aún devorables con sólo alargar la mano.

Pero capturar una idea no es fácil; integrarla en una red de ellas que suponemos coherente, menos. Pues, todo análisis de ideas que no vengan precedido de un cuidado —cuidado, complejo, delicado y, a mi modo de ver, en extremo difícil— marco teórico, podrá presentar toda suerte de fisuras. Nuestro intento aquí no irá más allá de una mera lectura de datos.

Las consideraciones que vamos a hacer se basan en la encuesta realizada a los alumnos de nuestra Escuela en abril del 86⁶. Omitimos las referencias a las características de la encuesta, dado que en otro lugar de este estudio conjunto, algún compañero ya lo hace por lo menudo.

6. CF. TOHARIA J. J. *Valores Básicos de los adolescentes españoles*. Madrid, Ministerio de Cultura, 1982.

Obviamente, el diseño de la encuesta —de ésta y de cualquier otra— determinará tanto los posibles contenidos a considerar como los perfiles en que se nos muestran. Como cualquier otro sistema de interrogar, la encuesta es doble e inevitablemente parcial. Es conveniente tener ésto presente, no vayamos a construir concepciones globales a partir de una información sectorizada. Ciertamente que la ciencia consiste en eso precisamente, en construir visiones globales a partir de datos parciales. Afortunados los químicos que a partir de un número escaso de características nos pintan por lo menudo la naturaleza de un cuerpo, y tanto ¡que hasta nos dicen que un cuerpo tiene por necesidad que existir antes de haberlo descubierto! ¡quién pudiera decir lo mismo de una idea!

Pero en el mundo de las ideas no gozamos de teorías en el sentido fuerte del término que tienen en las ciencias físicas, y las deducciones que se hagan mucho más allá de los datos —que en este campo suelen ser de lo más problemático— corren el peligro de edificar en el vacío. Ir más allá de los datos, de los presuntos datos, es tan recomendable como inevitable: pero sabiéndolo y haciéndolo constar.

En nuestro caso sí vamos más allá de la lectura porcentual, somos conscientes de su carácter hipotético. Intentar dibujar la trama de ideas de un grupo y más si en ella queremos incluir las escondidas creencias, lógicamente, va más allá de las posibilidades de una encuesta. No hemos incluido como información supletoria aquella que pudiera derivarse de nuestra experiencia con los alumnos. Su carácter subjetivo y la distorsión metodológica que supondría conjugar, sin un previo establecimiento de criterios, fuentes tan distintas, aconseja a ello.

Una última precisión. En la búsqueda de estudios empíricos, encuestas preferentemente, que sirvieran en un plano sincrónico, para comparar los resultados obtenidos, ha sido infructuosa. Con respecto a la población estudiantil universitaria, nacional o madrileña, ha sucedido lo mismo, excepto la misma encuesta aplicada en la facultad de Psicología dos años antes⁷. En algún momento ella nos servirá de comparación. Al cabo, sobre encuestas de juventud, contexto diluido para la comparación, tampoco se harán referencias precisas.

7. Cfr. MENDEZ FRANCISCO, L. "Datos de una encuesta" en R.S., número 27-28, enero, 1986.

Las preguntas que serán objeto de comentario son: la que lleva el número 12, sobre adscripción religiosa; la 13, sobre la valoración que los alumnos hacen sobre algunos fenómenos sociales; la 14, sobre problemas que consideran prioritarios en la juventud; la 15, sobre afinidad política y la 20 y 21 sobre lo que alguna vez se ha denominado socialización patriótica.

Pues, dos sectores son objeto de consideración: el religioso y el que con alguna vaguedad podríamos denominar el bloque socio-político, que es el más extenso. Estas clasificaciones obedecen más a una exigencia taxológica y didáctica que, probablemente, a una realidad “in situ” de las ideas. Más que ideas religiosas, políticas estéticas, etc., lo que hay son algunas ideas directrices que toman este o aquel color según se manifieste en un determinado campo de objetos. Por otra parte, el formato externo con que se nos muestra una idea puede inducir a engaño. Tras una formulación religiosa se oculta un contenido político, valga el ejemplo, que tal vez hunda sus fundamentos en substratos estéticos.

2. Creencias religiosas.

En materia religiosa —adjuntamos una tabla reducida de porcentajes verticales— tres datos creo importante retener: un porcentaje estimable de lo que podríamos denominar increencia, una holgada mayoría que se autoproclama católica y la escisión de dicha mayoría en dos grupos, uno de los cuales, y ahí radica la importancia, es mayoritario: el de no practicantes.

¿Cómo te consideras en materia religiosa?

	TOTALES	VARONES	MUJERES
Católico practicante	29,3	27,0	29,6
Católico no practicante	35,7	21,6	37,1
Otra confesión cristiana	1,2	2,7	1,0
Indiferente	10,8	12,2	10,6
Agnóstico	10,3	17,6	9,4
Ateo	4,0	9,5	3,3
N.S./N.C.	8,6	9,5	8,5

Un 25 % —damos los porcentajes en números redondos— no es porcentaje alto si lo comparamos con otras encuestas⁸; pero sí es significativo el hecho de que uno de cada cuatro alumnos se sitúe en ese impreciso terreno de la increencia; significativo, claro está, si lo comparamos con jóvenes estudiantes de décadas precedentes o población adulta en general.

Aunque creo es correcto incluir indiferentes, agnósticos y ateos en una misma categoría —la increencia—, no sólo son formas diferentes de apartarse de la creencia, sino que pueden obedecer a causas distintas.

El ubicarse religiosamente no es fácil, sobre todo cuando la religiosidad se torna problema. Si sesudos varones, pozos de sabiduría y erudición, se han pasado gran parte de su vida tratando de saber cuál era su posición con respecto de aquello que siempre está más allá de cualquier frontera, cabe pensar que no sea fácil para un joven precisar esta relación.

La indiferencia, un 11 % en nuestro caso, es categoría ambigua y tal vez pudiera repartirse entre las otras. Puede tratarse de una forma coyuntural y laxa de creencia, de una forma de nominar un ateísmo desenfadado, o incluso de una autodefinition, bastante coherente, de un avezado católico no practicante. Al fin, puede tratarse de pura indiferencia, entendida como una alta dosis de insensibilidad hacia el fenómeno religioso.

Nada más lógico al fin, que porcentajes estimables de indiferencia en una sociedad donde el fenómeno religioso se obtura o al menos se diluye en otros cauces distintos de los suyos propios.

Del ateísmo, aparte de ese torrente de reflexiones filosóficas que sugiere el término, una pregunta nos parece importante: ¿Nos encontramos ya con procesos de ateísmo claramente internalizado, fruto de una educación y socialización arreligiosa, moneda corriente en otros pagos de occidente, o todavía quedan en esos jóvenes que se declaran ateos, brotes de aquel ateísmo, tan hispano, por pura reacción, ateísmo cargado de connotaciones religiosas, militante, exacerbado, propio de nuestros eternos muladiés?

8. Esta misma encuesta aplicada a los alumnos de Psicología de la que ya hicimos mención, nos da un 39 % de increencia. El profesor F. FERNANDEZ en su estudio sobre "La religiosidad de la juventud española", obtiene un 21 % de increencia para la década de los 80 (el estudio está en el libro colectivo *Catolicismo en España, análisis sociológico*, I.S.A.M.A., Madrid, 1985 pág. 191).

Agnóstico es la categoría intelectualmente más difícil de las tres. Resultaría ilustrativo que los que así se declaran nos hicieran algunas precisiones al respecto. El agnosticismo supone un largo proceso intelectual de búsqueda, un principio, tal vez exagerado, de prudencia intelectual y una imposibilidad de dar el salto —intelectualmente siempre problemático— a la trascendencia. También puede implicar una desarticulación del eje intelectual con el vital, con un posible bloqueo de este último. No sé, tal vez sean demasiados requisitos para un joven. Los posibles aumentos de incredulidad, en las categorías que se han manejado o en otras que pudieran construirse, irán en función de las nuevas conquistas de esa amplia familia de procesos que abarca el término secularización. Pero en el grado que aumente la “terrenalización”, también aumentará el grado de reacción a la pérdida de los espacios sagrados; si estos espacios se ofertan, muy frecuentemente, previamente mistificados, puro simulacro de los reales, y se ofrecen al consumo aderezados con una salsa hecha mitad con exotismo, mitad con pseudociencia, ese es otro cantar, posiblemente unos de los cantares más tristes de nuestra actualidad.

De la lectura de las tablas extraemos que varones y mujeres se muestran igualmente indiferentes; que los varones doblan a las mujeres en agnosticismo y las triplican en ateísmo; en la línea tradicional, nuestros varones están, parece, más puestos a iniciar travesías laicas. Por cursos, segundo es el que da más altos porcentajes de incredulidad. Entre los 27 y 30 años se dan los más altos porcentajes de incredulidad, en las tres categorías incluidas. Otro dato de la encuesta fija nuestro interés, y es que una mayoría se sigue considerando católica, aunque dicho catolicismo se aparte de los cauces institucionales. A pesar de los embates que desde distintos frentes empujan a la descristianización, un holgado 64 % sigue considerándose católico. Los alumnos de psicología a la que se aplicó esta misma encuesta, también dio mayoría, apretada (54 %), la inclusión en el catolicismo. Parece que, a pesar de los aires propicios a la secularización, los patrones religiosos básicos inculcados por vía familiar, y probablemente educacional, se mantienen en porcentaje estimable. El que el porcentaje de católicos no practicantes (35 %) supere al de practicantes (29 %), nos da una idea de la medida en que se está produciendo lo que se ha llamado el desenganche institucional. Queda por saber lo que este “catolicismo por libre” tiene de pura laxitud y de distanciamiento consciente del magisterio eclesial. Este alto porcentaje de católicos no practicantes, andando el tiempo, ¿pasará a engrosar alguna categoría de incredulidad? ¿remontará la práctica perdida? ¿persistirá indefinidamente en su catolicismo por libre?

En el examen de las tablas observamos, como nota que a los que ya no somos jóvenes nos resulta curiosa, que son las mujeres las que dan el mayor porcentaje de catolicismo no practicante (38 % sobre el 30 % de practicantes), al contrario que los varones (27 % de practicantes sobre un 21 % de no practicantes). El clásico “misas y rosarios son cosas de mujeres” no sólo no se ha roto, sino que se ha invertido en estos alumnos nuestros. La desproporción entre mujeres y hombre (casi de 8 a 1) distorsiona la comparación.

La variable curso no incide, prácticamente, en la relación católicos practicantes y no practicantes. En los más jóvenes y los más mayores predominan los católicos practicantes sobre los no practicantes.

Del cruce de la autoidentificación religiosa con el centro de enseñanza obtenemos que el mayor grado de católicos practicantes y el menor grado de increencia lo dan los alumnos del INBAD, pero su escasisima representación (1,1 %) quita significado al dato.

<i>Centro de enseñanza</i>	<i>Porcentajes horizontales</i>		
	<i>católicos practicantes</i>	<i>católicos no practi.</i>	<i>no creyentes</i>
Instituto diurno	28,9	36,7	22,5
Instituto nocturno	23,0	34,8	31,0
Clegio religioso	38,6	33,1	18,1
Colegio laico	25,7	45,7	22,9
INBAD	71,4	—	14,3
Profesionales	23,8	40,5	21,4
Otros	33,3	20,8	37,4

Son los colegios religiosos los que dan mayor porcentaje de católicos practicantes (37 %) y menor de increencia (8 %) y de católicos no practicantes (33 %), si excluimos el 21 % de otros, que ofrecen una exigua representación (3,7 %). Les siguen a los colegios religiosos en religiosidad los institutos diurnos. Los institutos nocturnos dan el menor número de católicos practicantes y el mayor de increencia, siguiéndoles los colegios laicos en la baja relación religiosidad/increencia; estos colegios dan también el mayor porcentaje de católicos no practicantes.

3. Problemas sociales.

Vamos ahora a pasar a examinar la valoración que hacen los alumnos sobre algunos fenómenos sociales. Las preguntas giran alrededor de la droga (consumo de droga blanda, dura y tráfico), de la violencia (guerra, violencia armada, violación de una persona), interrupción de la vida (aborto, eutanasia), pago de impuestos y centrales nucleares. Como vemos, una serie de preguntas acerca de cuestiones actuales y polémicas, cuyas respuestas configura, aunque sólo sea sectorialmente, el modelo de sociedad, y no tanto el que se prefiere como el que se rechaza. Vamos a hacer una breve lectura de las respuestas. Tomaremos las respuestas muy de acuerdo y de acuerdo en circunstancias, en el término general de aceptación —cuando nos parezca oportuno englobarlo— y como rechazo los dos grados de desacuerdo.

Sobre el problema de la droga, el rechazo es muy fuerte: un 95 % rechaza la droga dura, un 69 % la blanda y un 98 % rechaza el tráfico. Tanto en el tráfico como en la droga dura la desaprobación es fuerte (86 %, 73 %) y son los más jóvenes los que muestran mayor rechazo. En ambas drogas, así como en el tráfico, los varones se muestran más permisivos que las mujeres. Por curso las variaciones son pequeñas.

También nos encontramos con un rechazo muy fuerte de lo que globalmente podríamos denominar el ejercicio de la violencia. Un 86 % rechaza la guerra y un 80 % lo hace con firmeza. Los varones (y entre ellos los de más edad) aceptan más la llamada a las armas que las mujeres (10 %, 2 %). ¿Será cierto que en todo varón hay un guerrero dormido? Si así fuera, le pediríamos largo sueño. Por cursos no hay diferencias apreciables.

Se rechaza la violencia armada con un rotundísimo 96 %, del que un 87 % lo hace fuertemente. También aquí se muestran algo más belicosos los varones. Aunque violencia armada puede tener distintas lecturas, sin duda que una de ellas incluye a las bandas terroristas. Si a ello añadimos que un 93 % rechaza la extorsión económica mediante secuestro, parece que pudiera deducirse un rechazo a la acción terrorista. Un 70 % se muestra desfavorable a las centrales nucleares, siendo mujeres y edades más altas las que muestran mayor desacuerdo.

En lo que respecta al pago de impuestos, un 73 % lo acepta, con predominio de la aceptación moderada (52 %). Un estimable 20 % no ve con buenos ojos la gabela, aunque siempre cabe suponer que lo que se rechaza no es tanto el impuesto, como su exageración o ausencia de prestacio-

nes. En cualquier caso, un 73 % nos indica que la mayoría acepta el sistema impositivo fiscal de la sociedad de hoy. Y al final, dos cuestiones de difícil tratamiento y objeto de afiladas polémicas, donde troyanos y troyanos han mezclado la razón política, la íntima convicción y el no siempre fácilmente interpretable dato técnico: el aborto y la eutanasia.

Aproximadamente tres de cada cuatro alumnos aceptan el aborto. Los varones se muestran más radicales —aunque con diferencias pequeñas— en su aceptación y en su rechazo. Los alumnos de segundo curso y aquellos que rondan los 25 años son los que más aceptan el aborto.

La eutanasia, sin ser fenómeno nuevo, ha empezado a convertirse en uno más de esos “temas calientes” de la actualidad. Al mismo tiempo que aparecen corrientes de opinión favorables a ella y asociaciones que abogan por su implantación con escasas restricciones, sectores de la sociedad se muestran contrarios a sus posibles aplicaciones, y una vez más la polémica sobre las fronteras de las libertades privadas, junto con planteamientos deontológicos, sale a la palestra.

La muerte, la gran marginada de nuestro siglo, la gran olvidada que nunca olvida, reaparece, con cierta oblicuidad, por vía de la eutanasia.

De los alumnos encuestados, un 77 % se muestran favorables a la eutanasia, con algo más de la mitad muy de acuerdo. Más radicalidad en la aceptación de los varones y en el curso segundo.

El desacuerdo se mantiene prácticamente constante en los cursos. Los mayores de 30 años son los más propicios a la aplicación de la eutanasia.

En el cruce obtenido entre ubicación religiosa y posición ante la eutanasia, vemos que la aceptación es inversamente proporcional al grado de religiosidad.

<i>Eutanasia</i>	<i>Cat. cat.</i>		<i>Indiferentes</i>	<i>Agnósticos</i>	<i>Ateos</i>
	<i>Prac.</i>	<i>no prac.</i>			
Muy de acuerdo	17,4	42,2	51,4	67,2	76,9
De acuerdo en circunstancias	39,5	39,2	40,0	26,9	23,1
En desacuerdo	19,5	6,9	1,4	3,0	—
Muy en desacuerdo	13,2	2,2	1,4	—	—

Un 57 % de católicos practicantes es propenso a admitirla, cifra alta si pensamos en las restricciones institucionales que conlleva la aceptación; predomina la aceptación moderada (39 % sobre 17 %). En el 33 % de católicos practicantes que la rechazan, también predomina el rechazo moderado. Pues, entre los católicos practicantes, aceptación y rechazo se sitúa en la zona templada.

Entre católicos no practicantes, la aceptación es de un 81 %. Indiferentes y agnósticos suben a porcentajes muy altos en su aceptación (91 % y 94 %) y los ateos la aceptan en su totalidad. Pudiera desprenderse que el alejamiento de la práctica religiosa o la ausencia de religiosidad favorecen la aceptación de las aplicaciones eutanásicas.

En cualquier caso, que un 77 % se sienta próximo a aceptar la autanasia (en los alumnos de psicología, hace dos años, la aceptación era de un 71 %), es indicativo de la medida en que las corrientes eutanásicas están penetrando en la opinión pública, particularmente en los jóvenes.

Entre otros motivos de esta penetración pudieran apuntarse los siguientes: 1) El alejamiento o pérdida de las normativas religiosas institucionales con posible dilución de sentimientos de culpa y pérdida de la creencia en sanciones de ultratumba. 2) El horror a la muerte —huída hacia adelante— y a las largas y dolorosas enfermedades que la preceden. Terror hospitalario, pérdida del valor antropológico del dolor. 3) Un algunas veces vago —pero concretamente— miedo la soledad, a la vejez, a la minusvalía, pudieran favorecer y aún radicalizar las prácticas eutanásicas.

La sociedad que pudiera entreverse, sólo ligeramente, a través de estas respuestas, parece acomodarse al modelo vigente: antibelicismo, desnuclearización, aceptación obligaciones civiles, respeto a los derechos humanos, condena del terrorismo, ampliación polémica de los derechos del individuo, rechazo del mundo del estupefaciente.

En la pregunta 14 se pide al alumno elija entre 17 cuestiones, 4 de ellas que inciden más problemáticamente en la juventud. Entre las cuestiones-problemas que se dan, algunas responden a situaciones que fueron vividas por los jóvenes de hace unos 20 años, como problemas sociales básicos.

Conflicto generacional, contracultura, cultura juvenil, etc., fueron antaño especie de emblemas de los movimientos sociales juveniles. Pobreza, inadecuación entre empleo y trabajo, supervivencia, desilusión, por el contrario parecían ser problemas de más vigencia. Otras preguntas, parece pudieran ubicarse antaño como hogaño (violencia, consumos).

De los problemas ofrecidos, dos destacan claramente: la desilusión y la inadecuación entre empleo y trabajo. Un 78 % piensa que la desilusión es el mayor problema que afecta a los jóvenes. Dato en extremo preocupante que cuatro de cada cinco de estos jóvenes piense que el mayor problema que tienen es la falta de ilusión, ese muelle que parece ir siempre anejo al concepto de juventud.

Ciertamente, que habría que saber más por lo menudo en qué consiste esa desilusión, qué parte de su ser y de las cosas sitúan en esa inexorable dinámica ilusión-desilusión que es el vivir. Pero la pregunta parece hacer referencia a un temple global, y la respuesta desilusionada apunta probablemente al modelo de vivir que le ofrece la sociedad y a la carencia de ilusión para integrarse en ella.

Una sociedad volcada, al menos teóricamente, hacia los jóvenes —el mito de la juventud— logra dejarles sin lo principal: la ilusión. Una paradoja más en una sociedad cada vez más paradójica.

En cualquier caso quien vive sin ilusión —quiero decir poca, obviamente— es porque la perdió o porque nunca la tuvo. Si estos jóvenes nuestros perciben, y sería interesante saber en qué grado se incluyen ellos, una juventud desilusionada y esa percepción es ajustada, cabría preguntarse quién los ilusionó y quién o qué los desilusionó. Si hay quién y ese quién es el mismo en ambos procesos, podríamos hablar, como menos de demagogia. Si esas ilusiones no existieron algo falla y en lo hondo, en la estructura social que a ello da lugar.

La inadecuación entre trabajo y empleo, la falta de ajuste entre la demanda social y la oferta laboral es el segundo problema que más creen afecta a la juventud (así lo cree un 68 %). La juventud parece tener motivos sobrados para estar altamente sensibilizada hacia toda la problemática que gire alrededor del trabajo, o mejor habría que decir del no trabajo. Los más jóvenes son los más sensibles a este problema. Un 47 % piensa que el consumismo incide negativamente en el joven. Como los jóvenes del 68 también rechazan la sociedad de consumo, pero es probable que esta vez no haya un Marcuse detrás y el rechazo sea menos radical.

En la denuncia del consumo las diferencias por cursos son altas (39 % en 1.º curso, 57 % en 2.º curso y 75 % en 3.º curso). Los más jóvenes y los más mayores son los que muestran más rechazo por el consumo.

Como ya vimos en páginas anteriores la violencia preocupa a estos jóvenes nuestros y la rechazan de raíz (un 36 %).

La violencia es concepto con demasiadas lecturas y las respuestas pudieran referirse a diversas —y no siempre articulables— formas de violencia.

Estos cuatro problemas que los jóvenes consideran prioritarios los sienten de forma más aguda las mujeres.

No parece necesario insistir que las preocupaciones de estos jóvenes no son ya las de hace 20 años. Son demasiadas cosas las que han cambiado en Europa —desde la crisis económica a la caída de viejos mitos ideológicos— para que la problemática juvenil no se haya alterado substancialmente.

4. Adscripción política y patriótica.

Por último, vamos a comentar las respuestas a las preguntas que quedarían incluidas en el plano político. Una de ellas (la pregunta 15) hace referencia a la formación política afín y otras a lo que se ha llamado adscripción patriótica (pregunta 20).

La denominación correcta del territorio español, (pregunta 21), así como un cruce entre ésta última y la primera, cierran este capítulo.

Un 35 %, prácticamente el doble del partido político con más aceptación, no se siente próximo a ninguna formación política. Parte de ese 16 %, que no sabe o no quiere contestar, posiblemente pase a engrosar las filas de ese amplio contingente de indiferencia política, ese prieto ejército de ambiguos que, en una paradoja más de la democracia, suelen decidir las elecciones. A los fuertes intentos de politización de la sociedad no parece responderse con afinidades políticas concretas.

Con un 19 %, el P.S.O.E. es el partido de más aceptación. Le siguen plataforma con 11 %, A.P. con 6 %, P.C.E. 4 %, anarquismo con 4 % y C.D.S. con 2 %. Entre los alumnos que se definen parece clara la tendencia a opciones de izquierda. La inclinación política por cursos es similar. En los mayores de treinta años se da la mayor afinidad con los dos partidos de mayor representación parlamentaria, P.S.O.E. y A.P.

Preguntados de dónde se sienten, las dos respuestas mayoritarias son de corte tradicional: de España (35 %) y de mi ciudad (28 %). La exigencia de decidirse por una sola categoría ha limitado la posibilidad de la doble adscripción, sentida como única pertenencia que funciona con distintas valencias según interlocutor y contexto. En cualquier caso, puestos a decidirse, la piel de toro gana al terruño.

¿De dónde te sientes?

Mi ciudad	28,4
Mi provincia	6,0
Mi comunidad	6,0
Español	34,7
Europeo	0,8
Ciudadano	16,6
Sin raíces	2,6
NS/MC	4,9

Algo más sorprendente la tercera categoría que sigue, aunque a gran distancia, a las dos anteriores: ciudadano, ciudadano sin más, sin apellidos concretos. Cual nuevos hijos de Alejandro, un 17 % se siente cosmopolitas. Provincia y comunidad quedan con un 6 % cada una. Pudiera pensarse que el término comunidad, de corta vida y aún destilando el sabor de administrativos alambiques, no ha llegado aún a cuajar popularmente. Un 3 % se siente sin raíces y un exiguo 0,8 % se siente europeo. Porcentaje este que parece preocupantemente corto.

Sobre la denominación más correcta para designar lo que antaño se llamaba el suelo patrio, un 71 % se inclina por España y a mucha distancia con un 15 %, por Estado español. Pudieran sorprender, con respecto a este último porcentaje la baja aceptación que reciben el término nación y patria (0,5 % cada una), pero ambos han quedado vinculados a fórmulas ideológicas y políticas que extienden su valoración a las palabras.

La denominación Estado español, más aséptica, con fuerte incidencia en los medios de comunicación y más asimilable al régimen de autonomías, pueden ser razones que justifiquen ese segundo puesto.

País, con un 52 %, parece ser término que se está climatando mejor en las autonomías.

Vamos ahora a ver las relaciones existente entre la expresión preferida que ahora hemos visto y la afinidad política.

<i>Expresión correcta</i>	<i>Grupo Político</i>								
	<i>TOTAL</i>	<i>PSOE</i>	<i>AP-PDP</i>	<i>PCE</i>	<i>CDS</i>	<i>Plata.</i>	<i>Anar.</i>	<i>Otro</i>	<i>Ning.</i>
Español	70,9	68,3	75,0	63,0	86,7	63,4	33,3	42,9	78,3
Estado español	14,8	17,9	12,5	11,1	13,3	18,3	25,0	42,9	12,3
nación	0,5	—	2,5	—	—	1,4	—	—	—
Patria	0,5	—	5,0	—	—	—	—	—	—
El País	5,4	7,3	2,5	22,2	—	9,9	12,5	—	0,9
Ninguna	2,3	0,8	2,5	—	—	2,8	20,8	7,1	1,9
Otros	1,2	—	—	3,7	—	2,8	8,3	7,1	0,9
NS./NC.	4,5	5,7	—	—	—	1,4	—	—	5,7

El término España es el preferido mayoritariamente por todas las formaciones políticas. Las dos formaciones de derecha representadas (C.P. y C.D.S.) lo hacen con más altos porcentajes que la izquierda (sobre un 14 % de diferencia). La izquierda es más propicia, excepto los alumnos del P.C.E., a la denominación Estado español.

Los escasos porcentajes (0,5 %) obtenidos por nación y patria se deben a AP-PDP, principalmente. Como dijimos antes, son términos cargados de connotaciones emocionales por su ligazón a fórmulas políticas precedentes.

País, es término preferido más por la izquierda que por la derecha.

Ese gran contingente que no se siente afín a ningún partido presenta porcentajes en las respuestas próximos a las de AP-PDP.